



ÉDITION 2024

ESPAGNOL

LYCEE

TEXTE EN PROSE

— Vamos a oír música —me dijo— ¿No me dijiste que te gustaba la música? [...]

Hizo girar la manivela y luego abrió una especie de estuche-álbum, donde había discos negros con un logotipo circular en el centro, donde se veía un gramófono con trompeta, como los de la abuela, y un perro escuchando la voz de su amo. En cuanto sonaron los primeros compases, Gavi levantó los brazos y, siguiendo el compás, el ritmo, la mismísima tormenta sugerida, los movía en el aire. No dirigía lo que ya estaba dirigido, lo hacía visible. Todo su cuerpo reproducía los sonidos, la partitura era él mismo.

— ¿La ves? —me dijo, como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. Yo dibujo la música. Entonces volvió a agacharse sobre la gramola, la paró, quitó el disco y echó encima la tapa como enterrándolos. Pero dijo:

— Mira.... ¡No se ha apagado!

Y era verdad, él seguía moviendo los brazos en el aire, y de pronto la música se veía, se veía tan claramente y con tanta fuerza como si se oyera, pero ya no era Tchaikowski, ahora era él. La música era sus brazos, sus manos, el mechón de cabello caía sobre su frente, arrojada hacia atrás como cada vez que se producía un silencio. O un respiro.

Sentada en el suelo, sólo sabía mirar. Por los ojos me llegaba la música, la música de Gavi, Gavi mismo, se apoderaba de mí. La respiraba, la sentía dentro iniciando caminos aún desconocidos. La dibujaba. No sé cuánto tiempo estuvimos así. Sólo que dejó caer los brazos, y sus manos parecían dos pájaros muertos, de nuevo echó hacia atrás el mechón rubio que le caía sobre la frente, y vi que estaba cubierto de sudor.

— ¿La has visto...? —murmulló casi tímidamente.

Asentí con la cabeza porque me parecía que no tenía voz.

Ana María Matute, *Paraíso inhabitado*, 2008